



Ambiente de barrio

Jesús María es uno de los asentamientos más antiguos de la ciudad de Sancti Spíritus y, quizás en parte por ello, se ha ganado el sambenito de difícil, revoltoso, complejo. Escambray indaga más allá del mito

Gisselle Morales Rodríguez

Sin salir de la casa de ladrillos y tejas, remendada una y otra vez, donde vive hace más de 50 años, en pleno corazón de Jesús María, Caruca se atreve a relatar cada machetazo, cada robo, cada bronca por aquellos contornos. Y no han sido pocos.

“Sentadita en este quicio he visto pasar yo carretas y carretones”, asegura, con la serenidad de quien está perdiendo la visión, pero no la lucidez para relatar escalofriantes historias: el hombre que violó a su hijastra mientras la madre de la niña se hacía la desentendida; el ratero que, apenas sale de pase, brinca tapias y tejados hasta caer de cabeza nuevamente en “Nieves”; la mujer con tres hijos a cuestas a quien el Gobierno le dio un apartamento, sobre todo para salvarla del marido que la muele a palos un día sí y otro también, pero que siempre termina volviendo al rancho donde se repite una y otra vez el ciclo de la violencia...

Caruca no sabe el concepto exacto de marginalidad; pero lo define mejor que cualquier experto: “En Jesús María, o te integras al ambiente, o el ambiente te pasa la cuenta”.

En ello coincide Elier Abreu Rodríguez, jefe del Departamento de Prevención, Asistencia y Trabajo Social en la Dirección Municipal de Trabajo de Sancti Spíritus, quien explica todo cuanto se hace en materia de prevención, pero sentencia, lapidario: “Hoy es muy difícil romper los ciclos de violencia, alcoholismo, delincuencia, que se reproducen en barrios como este. La familia es la primera que no ayuda, porque en ocasiones alienta los malos comportamientos en los propios niños, en otras no los corrige y le quita la razón a la escuela —explica—; tampoco ayuda mucho la situación económica que vivimos y los modelos de éxito que se vienen entronizando, donde el ganador es quien más dinero tiene, a costa de lo que sea”.

Para romper el círculo vicioso de la marginalidad laboran los llamados factores que integran la Comisión de Prevención: los trabajadores sociales, entes coordinadores por excelencia; Salud, Educación, el Inder, Cultura, la Policía, Atención a Menores y un larguísimo etcétera de organismos e instituciones que tienen incidencia directa en el barrio pero que, no obstante los buenos deseos, no siempre consiguen estabilizar el trabajo.

Y no lo consiguen porque, entre el éxodo de especialistas hacia funciones mejor remuneradas y el “respeto” que algunos le tienen a Jesús María, la Comisión de Prevención ve llegar a un especialista que se va al poco tiempo, con lo cual el quehacer no se consolida.

“Nos pasa mucho en la escuela primaria Wilson Rojas, donde muchos profesores laboran por contrata; nos cambian con frecuencia los jefes de sector de la

PNR; van y vienen los trabajadores sociales”, ilustra Dayamil Rodríguez, presidenta del Consejo Popular Jesús María.

La complejidad del panorama no la imaginan quienes se mantienen en las zonas pintorescas: el puente Yayabo, la Quinta Santa Elena, la Iglesia de Jesús Nazareno. Pero en lo más profundo de Jesús María hay de todo, como solía haber en las boticas de antaño: personas con conducta deambulante, familias numerosas con niños bajo peso, menores “controlados” por ser proclives a delinquir, niños incumplidores de los deberes escolares, personas desvinculadas del estudio y el trabajo, otras que sufren algún tipo de violencia, ciudadanos con conductas “desajustadas”, ese eufemismo que incluye a prostitutas y proxenetas, que también los hay.

Conscientes de la gravedad del asunto, sobre todo por sus raíces sociohistóricas, instituciones, organismos y funcionarios a todos los niveles han estimulado la creación de proyectos culturales, deportivos y de diversa índole que contribuyan a transfigurar la cartografía del barrio; algunos con mayor arraigo, otros de vida efímera.

El más influyente ha sido —quizás porque surgió y ha venido evolucionando con la comunidad— el Cabildo Luz Divina de Santa Bárbara, centro de peregrinación y culto obligado para los creyentes y espacio donde se promueven las mejores prácticas de convivencia; escenario donde se ha venido cocinando a fuego lento la muy particular idiosincrasia de Jesús María, mezcla de todos los credos que se profesan con la misma devoción.

Las buenas intenciones no han faltado, ni los programas de reanimación que han puesto curitas en los problemas más acuciantes, ni la asistencia social a los casos críticos; pero hay vulnerabilidades de siglos que no se enmiendan solo por el hecho de estar bien identificadas. El fondo habitacional, por ejemplo, que figura entre los más deteriorados del municipio, o el claro predominio del trabajo informal, o esa especie de “aguaje” que viene a ser la música de fondo en cualquier discusión de esquina.

“Hay barrios que presumen de ese ambiente —recalca Elier Abreu—, barrios donde hasta cierto punto está bien visto esos tipos de comportamientos. Por eso, aunque lo ideal sería modificar el contexto, a veces para salvar determinados casos, sobre todo niños y adolescentes, no queda más remedio que sacarlos del medio”.

En esa estrategia de “levantarlos en peso” no está de acuerdo Caruca, defensora a ultranza del Jesús María profundo, donde un juego de dominó puede terminar convertido en polvorín a golpe de aguardiente; pero la gente conserva el candor de los barrios y comparte con el vecino hasta el último sorbo de café, si hiciera falta.

“Todo el que dice: yo soy de Jesús María —sentencia—, lo dice con el corazón en el medio del pecho”.



La ceiba, símbolo de Jesús María / Foto: Alien Fernández

de Santa Bárbara

los vecinos y los llegados desde otros puntos de la villa?

Pero, ninguna celebración en Jesús María convoca a tantos creyentes, menos creyentes e, incluso, a no creyentes como las dedicadas a venerar a la Virgen de la Caridad del Cobre; Santa Bárbara y a San Lázaro. Sucede en el cabildo Luz Divina de Santa Bárbara, de ofrendas y altar sinceros.

Y a la sombra de la ceiba bendecida por Olofi y respetada por el rayo, aguarda la anfitriona Olga Gutiérrez. Discreta, muy discreta. Al llamado del periodista, acude a la puerta del templo yoruba. Prefiere hablar de sus ancestros lucumíes, de la rebeldía mambisa de ellos.

Olga alude a Josefa, cuya voz despeja los caminos como Elegguá y brilla al invocar a Oshún, mientras las manos se estrellan contra el cuero quemante de los tambores, con la fuerza de Oggún.

Prendida como el curujey a la guásima permanece la tradición yoruba en este pedazo de la villa. Lo destaca María Antonieta Jiménez (Ñeñeca), la Historiadora de la Ciudad, quien resalta, además, la familiaridad de la mayoría de su gente; gente humilde —también en su mayoría— que antaño levantó allí sus viviendas a como pudo y a cuánto pudo; mientras la urbe crecía hacia el norte.

Jesús María no es un idilio. El barrio nació bajo la espada de la marginalidad y los prejuicios hacia esta. Y duele; duelen los prejuicios y más que ello, la marginalidad. Hincan tal certeza, auscultada

por el doctor Pineda, un fomentense que desembarcó en estas tierras de Santa Bárbara hace 25 años para atender un consultorio, y de ahí no se va, ni dándole candela como al macao.

“Cuando nos mudamos para acá —ilustra este líder de la comunidad—, mi hija tenía seis años. Ella estudió en la Secundaria y el Pre de aquí. Ya es doctora. Jesús María no la hizo bandolera; no hizo que vendiera sus nalgas. Por tanto, este barrio no hace delincuentes; los delincuentes los hace la familia”.

Aún nos cimbra en los oídos esa filosofía de vida. Quizás, también, a Mary, la promotora cultural del barrio, muy popular por su personaje de la carretillera, de la comparsa de San Andrés. Mary casi nos tomó de la mano para que conociéramos los dolores y las esperanzas de su Jesús María.

—¿Cómo estás?, le pregunta a quien está sentado en el piso del pequeño portal de una casa.

Se trata de un discapacitado, que fabrica escobas, porque no llueve dinero. A propósito, a esta hora, en Jesús María se esfumó por completo el cielo plomizo. Se va la tarde. Y en la calle La Gloria, una mujer escoge el arroz en el dintel de la puerta de su hogar, mientras se pone al tanto de las últimas novedades barriales con una vecina. Chacharean. La mujer de pañuelo rojo sigue sacándole los “machos” al arroz. Apresura la comida. Por si las moscas, quiere adelantarse al apagón.



En el Cabildo se promueven las mejores prácticas de convivencia. /Foto: Alien Fernández